

colorista que trazó los cuadros de *El patio andaluz*, *El cielo alegre*, *Bajo la parra* y *Granada y Sevilla*. En el cerebro de Salvador Rueda hay un ruiseñor de arpada lengua, que modula infatigable las armonías de nuestro clima meridional, y traduce en sonidos todas las excitaciones de la sensibilidad, todos los cambiantes del iris, toda la belleza atesorada en el cielo diáfano, en el paisaje seductor y en las costumbres de Andalucía. Que la imagen y el concepto se visten de hipérbolos desaforadas en la prosa de Rueda, que su vocabulario y su sintaxis le precipitan en el gongorismo; eso no obsta para que, en la lucha por la expresión plástica de la esquiva realidad, salga muchas veces triunfador. Lo que hasta ahora no ha acertado á crear Rueda, son legítimos seres humanos de vida propia, sin penumbras de abstracción y vaguedad. Ni la atracción sexual del tío Sebastián y su sobrina Concha en *El gusano de luz*, ni los amores de Rosalía y Bernardo, combatidos por el padre de la muchacha en *La reja*, descubren al verdadero novelista, aunque sí al escenógrafo que de antemano conocíamos.

Como la novela está á la orden del día, no tienen cuento los frutos que arroja sin tregua al mercado literario. Un rebusco prolijo entresacaría aún del montón ingente que aquéllos forman las bien escritas *Historias novelescas* del actual Duque de Rivas, el interesante relato de D. Pedro de Novo y Colson, *Un marino del siglo XIX*, ó *paseo científico por el Océano*, la imitación que hizo Valentín Gómez de Mayne Reid en *La caza de una orquídea*, los ensayos de Angel Salcedo para cristianizar el naturalismo, anteriores en fecha á *Pequeñeces...*, y poco más que se haya podido sustraer á mis investigaciones.



CAPITULO XXXI

LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA SABIA (1850-1868)

Los colectores de la Biblioteca de Autores Españoles (Vedia, Gayangos, Hartzenbusch, los hermanos Fernández-Guerra, Cueto, Mesonero Romanos, Castro, Pedroso, Rosell, etc.).—Otros eruditos (Milá, Rubió y Ors, Coll y Vehí, La Barrera, Canalejas).—Los críticos de la escuela sevillana (Fernández Espino, Amador de los Ríos, Cañete).—Los cervantistas (Tubino, Benjumea, Asensio, el Doctor Thebussem, Luis Vidart, etc.).—Dos críticos militantes (Guillermo Forteza, Mañé y Flaquer).

La inconsciente espontaneidad característica del romanticismo, sucede un período de reflexión y análisis beneficioso para la Literatura como ciencia, aunque como arte perdiese el aroma primaveral que la había distinguido. En pos de las flores llegan los frutos sazonados; y el ingenio español, al replegarse sobre sí mismo, se consagra á los penosos trabajos de la investigación, al paso que domina nuevos horizontes en la esfera de la Poesía.

La creación de una *Biblioteca de Autores Españoles*, gloria de dos catalanes ¹ que no desmintieron el proverbial tesón de su tierra, célebre uno de ellos por su

¹ D. Buenaventura C. Aribau y D. Manuel Rivadeneyra. Aribau retiró su concurso desde el V tomo en adelante. El I se publicó en 1846, y el LXXI y último, en 1880.

saber, y el otro por su audacia y su fortuna, viene á ser el monumento más grandioso levantado en este siglo á las letras castellanas, y el más completo resumen de su historia. En esta Biblioteca han estampado su firma ilustres y profundos críticos, aunque con ellos se mezclasen algunos pigmeos; sin esta Biblioteca, la obra de Ticknor hubiera sido única guía en multitud de cuestiones obscuras é importantísimas que involucró aquel sabio extranjero; dormirían en el polvo de los archivos multitud de libros inéditos ó extraordinariamente raros que hoy están al alcance de todos, y se hubieran detenido, quizá por mucho tiempo, las conquistas de la erudición reveladora del pensamiento nacional. Verdad que hay épocas y géneros enteros poco ó mal representados en la colección; verdad que la parte consagrada al Teatro adolece de incorrecciones y deficiencias lamentables, y que en algunos volúmenes está la importancia del asunto en razón inversa del desempeño, reducido sólo á una descuidada reimpresión con miserables advertencias. Pero, aunque suponamos en el editor intentos de lucro, lo que para él fué mercancía, ha sido ganancia para los autores y lectores, por mucho que exageremos el capítulo de cargos, y aunque se añadan otros á los que acabo de indicar.

Algunos de los prologuistas que colaboraron en la Biblioteca de Rivadeneyra, tenían más de bibliófilos eruditos y rebuscadores de obras antiguas, que de verdaderos críticos, y por eso no ocuparán aquí el espacio que les correspondería por su mérito absoluto.

Entran en esta categoría D. Enrique Vedia y don Pascual Gayangos, que, además de haber traducido del inglés y adicionado copiosamente la *Historia de la literatura española*, de Ticknor¹, coleccionaron, el primero los *Historiadores primitivos de Indias*, y el se-

¹ Madrid, 1851-1854.

gundo la *Gran conquista de Ultramar*, los *Libros de caballería* y los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*. Gayangos demostró en los preliminares de *La gran conquista de Ultramar* que esta obra no pudo escribirse en el reinado de D. Alfonso el Sabio, sino posteriormente, quizá en el de Fernando IV. En el discurso sobre los libros de caballerías los divide en los consabidos ciclos bretón, carlovingio y greco-asiático, atribuye á las costumbres y á la constitución social de la Edad Media la parte principal en el origen del espíritu caballeresco, y explica, por las circunstancias excepcionales en que vivía España, el que fuese una de las naciones más tardías en admitirlo y beneficiarlo como elemento artístico. Reduce al ciclo greco-asiático todos los libros de caballerías originariamente españoles, y expone respecto del *Amadís de Gaula* los argumentos más sólidos que hasta hoy se han invocado contra la tradición, que lo supone escrito en portugués por Vasco de Lobeira. Con igual novedad de datos estudió las versiones del *Libro de Calila é Dinna*, (traducido, en su concepto, del árabe, y no del latín, al castellano) y las obras de varios prosistas del siglo XIV. Gayangos ha publicado en inglés el catálogo de manuscritos españoles existentes en el Museo de Londres, y figura asimismo como uno de nuestros más insignes orientalistas.

D. Juan E. Hartzenbusch, inclinado por su estrella al estudio de la historia literaria y provisto de un buen caudal de noticias menudas, añadió á sus triunfos dramáticos el de depurar las obras de Tirso de Molina, Calderón, Alarcón y Lope de Vega, compulsando textos, formando una bibliografía estimable de ediciones, y tejiendo á cada poeta una corona de elogios entresacados de los críticos españoles y extranjeros. Él se ciñó por su parte á la tarea de compilador, porque los breves prólogos é ilustraciones que añade á algunos volúmenes no dan idea, ni aun imperfecta y sumaria, del

Teatro del siglo XVII. El estudio sobre Alarcón, que es el único amplio y relativamente cabal, había sido compuesto por Hartzenbusch para su ingreso en la Academia Española. Anteriormente también, y con la ayuda de D. Agustín Durán, había dado á luz el *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez* (1839-1842), incluyendo en él piezas distintas de las contenidas en la *Biblioteca de Autores Españoles*. El sistema adoptado por Hartzenbusch en estas reimpressiones, y subido de punto en las enmiendas al *Quijote* de Cervantes, ó sea el afán de sustituir la lección corriente por otras rebuscadas, y lo que dijo un autor por lo que pudo ó debió decir, induce á desconfiar hasta de sus aciertos.

En los hermanos Fernández-Guerra (D. Aureliano y D. Luis) coexistieron siempre, con la fraternidad de la sangre, la de aficiones, estudio y estilo, el aire de familia que pudiera hacer pasar por de una sola pluma las producciones de entrambos si no nos constase de la diversidad de origen. Laboriosos, circunspectos, enamorados desde su juventud de las antigüedades y rarezas bibliográficas, conocedores profundos de la Literatura española clásica, y en especial de la del siglo XVII, en la que, por curioso efecto del atavismo, están inspirados su manera de pensar y de escribir, abstraídos de la sociedad presente y en comercio íntimo con las sombras de Cervantes, Quevedo y Alarcón, no parece sino que algún ingenio de la corte de Felipe IV les contó al oído lo que pasaba por entonces en los corrales del Príncipe y de la Cruz, en las fiestas de Palacio y en las Academias y justas literarias, cómo se vivía en público y en privado, y cuáles fueron la suerte y las vicisitudes de cada poeta.

A D. Aureliano debemos la edición clásica, la única que hoy debe leerse, de las *Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas* (1852-1859), aunque sólo comprende las en prosa por una desgracia que nunca se deplorará bastante. El *Discurso preliminar*, el catálogo de edi-

ciones, las notas explicativas y la corrección esmeradísima del texto, son indicios de gigantesca labor, tanto más meritoria cuanto más difícil, atendiendo al descuido con que se hicieron las impresiones antecedentes. ¡Lástima que el colector no se extendiera á escribir una monografía acabada sobre el gran satirico, que habría resultado quizá superior á la reciente del hispanófilo francés E. Merimée! El ilustre biógrafo y editor de Quevedo no le juzgó con la amplitud que debía esperarse de su indiscutible competencia, pero continuó esclareciendo las nieblas de nuestra historia política y literaria.

Su discurso de recepción en la Academia de la Lengua demostró inapelablemente que el delicadísimo cantor de *La cierva y la tórtola*, el bachiller Francisco de la Torre, fué una personalidad aparte, distinta de la de Quevedo, quien publicó por vez primera las poesías del bachiller como publicó las de Fr. Luis de León, y con el mismo objeto de contener la corriente invasora del mal gusto, contra lo que había supuesto D. Luis José Velázquez, confundiendo disparatadamente al émulo de Garcilaso con el autor de *Los sueños* y la *Perinola*. También va unido al nombre de D. Aureliano Fernández-Guerra el descubrimiento de que la *Canción á las ruinas de Itálica*, ya original, ya refundida, no es de Rioja, sino de Rodrigo Caro, descubrimiento que en su primera parte era conocido, no así la circunstancia de ser uno mismo el autor y el refundidor de aquella joya poética. En artículos sueltos y discursos de importancia ha derramado D. Aureliano copiosa luz sobre otros temas similares de historia literaria, que antepone de ordinario á los de verdadera crítica.

De su hermano D. Luis Fernández-Guerra poseemos la edición de *Comedias escogidas de D. Agustín Moreto y Cabaña* (1856), incluida en la Biblioteca de Rivadeneira, y un excelente libro sobre *Don Juan Ruiz de*

Alarcón y Mendoza ¹, premiado por la Real Academia Española. La vida de Moreto, sobre la que fantasearon atrevidas leyendas muchos trovadores y biógrafos adocenados, haciendo al autor de *El desdén con el desdén* asesino del poeta Baltasar Elisio de Medinilla, fué reconstituída con singular esmero por el Sr. Fernández-Guerra, que, al presentar al hombre, descuidó, ó poco menos, al dramático, contentándose con ligerísimas indicaciones y alguna novedad paradójica é inadmisibles. Debe recaer la misma censura sobre el estudio de Alarcón, tesoro de noticias é investigaciones personales, cuadro vivo de la España del siglo XVII, monumento de constancia y sólida erudición; pero falto de todo carácter moderno y de la conveniente generalización sintética, á lo que contribuyen la sobreabundancia de datos y el atildamiento arcaico del estilo. No obstante, la figura de Alarcón, tan maltratada por la desdeñosa indiferencia de sus contemporáneos, quedará esculpida en las páginas de esta obra, por las que pasarán unidos en vínculo indisoluble el héroe y el biógrafo á la memoria de la posteridad.

Es mucho más variado y ameno, aunque no tan peregrino como el de los hermanos Fernández-Guerra, el caudal de conocimientos que desde sus mocedades viene prodigando en diferentes formas el actual Marqués de Valmar, D. Leopoldo Augusto de Cueto. Ya en 1839 insertaba en los periódicos literarios de Madrid artículos de crítica ligera y sobre las novedades del día, en los que se echan de ver el tino, la perspicacia y el buen gusto, refinados después considerablemente hasta la fecha de su ingreso en la Academia Española. El discurso que pronunció con este motivo, consagrado á las obras de Quintana, es un dechado en su géne-

¹ Madrid, 1871. El Sr. Fernández-Guerra había refundido considerablemente esta obra, que no llegó á reimprimirse por falta de editor!

ro, está maravillosamente concebido, escrito con elegante sobriedad, y libre de amaneramientos y afectaciones. El Sr. Cueto profesa y defiende con inquebrantable fe el principio de libertad en el arte, lo aplica siempre con discreción y acierto, y á él subordina los elementos constitutivos de la belleza manifestada en el lenguaje. Conocedor profundo de la Literatura clásica y de las europeas, de la Estética alemana y de sus representantes; enemigo de pueriles preferencias entre lo antiguo y lo reciente, lo nacional y lo extranjero; idealista sin exageraciones y cristiano sin alardes de pedagogía, representa todo lo contrario del ideal académico, tal como de ordinario se entiende. En la misma Corporación tan censurada en este concepto, ha leído el Marqués de Valmar trabajos de alta crítica, á uno de los cuales hice referencia en otro lugar: el *Discurso necrológico literario en elogio del Excmo. señor Duque de Rivas*. En la *Revue de deux mondes* ha dado á conocer autores y obras españolas con superior criterio. Por fin, empleó la madurez de sus años y talentos en la magnífica colección de *Poetas líricos del siglo XVIII* (1869-1875), precedida de un *Bosquejo histórico crítico* que desmiente lo modesto del epígrafe con el orden y abundancia de los datos, y con la equilibrada proporción entre las apreciaciones de conjunto, y las correspondientes á cada poeta, y que debe considerarse como una monografía acabada, aunque minuciosa hasta el fastidio. Entre nuestros críticos son muy contados los que pueden seguir con paso tan firme y tan comprensiva mirada como el Sr. Cueto el paralelismo entre la Literatura castellana y las demás neolatinas; muy contados los que están en condiciones de emprender siquiera un estudio como el que encabeza las *Cantigas del Rey Sabio* en la edición de la Academia de la lengua ¹.

¹ Madrid, 1890.

El amor á los clásicos españoles que guiaba la pluma de D. Ramón de Mesonero Romanos al trazar sus cuadros de costumbres, se manifiesta también en la *Rápida ojeada sobre la historia del Teatro español*, que publicó en el *Semanario Pintoresco*. Los cuatro volúmenes de *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega*, y *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*, que se encargó de ordenar é ilustrar para la *Biblioteca de Autores Españoles*, y en especial los *Apuntes biográficos y críticos* de los poetas incluidos en ambas antologías, encierran algo de nuevo y curioso, si bien pecan de deficientes, y lo mismo el *Índice alfabético de las comedias, tragedias, autos y zarzuelas del Teatro antiguo español*. En la repetida *Biblioteca* le pertenecen también los preliminares á las *Comedias escogidas de Don Francisco de Rojas Zorrilla* (1861), colección hecha por igual procedimiento que las anteriores. En la inteligencia de Mesonero Romanos existió siempre algo de levadura pseudo clásica, aunque él se defendiera de este cargo con la absurda confesión de que, al juzgar producciones ajenas, no reconocía autoridad ninguna sino la del buen gusto, olvidándose de todas las teorías y todas las escuelas. Por otra parte, no estaba en Mesonero muy arraigada la vocación de crítico, y sólo su excelente memoria y sus regulares conocimientos le sacaron menos mal de tan difícil empresa.

En el transcurso de los cuarenta años que completan la vida literaria de D. Adolfo de Castro, no ha desmentido nunca sus tendencias, digámoslo así, arqueológicas, su pasión por lo raro é insólito, ni su afán de desautorizar creencias universales, sin temor á la polémica y al escándalo, ya valiéndose de un descubrimiento innegable, ya de una superchería, ya de una observación ingeniosa en que suple el número de pruebas por la fuerza demostrativa. Parece que, á imitación del jesuita Hardouin, se desdeña de emplear su pluma en estampar un dato ya conocido, y que por serlo

pierde para Castro todo valor. La publicación de los *Sainetes de D. Juan del Castillo*¹ y las *Poesías de D. Pedro Calderón de la Barca, con anotaciones, y un discurso por apéndice sobre los plagios que de antiguas comedias y novelas españolas cometió Lesage al escribir su Gil Blas de Santillana*², es la primera escaramuza con que se anunció á la curiosidad de los doctos el nombre de D. Adolfo de Castro. Tres años más tarde dió á luz el famoso *Buscapié del Quijote*³, zurcido con la suficiente habilidad para que se dejara engañar una parte del público, hasta que atacado de burlas y de veras el supuesto opúsculo de Cervantes, y sobre todo por los traductores de Ticknor y por D. Cayetano A. de la Barrera, quedó patentizada su reciente fabricación, y descubierta la travesura del editor á costa de su veracidad.

En 1852 ilustró copiosamente la edición de las *Aventuras de Gil Blas*, salida de las prensas de Fernández de los Ríos, resolviendo definitivamente el litigio sobre la nacionalidad de la novela de Lesage, su verdadero padre, é indicando punto por punto los hurtos que en ella se ingirieron de obras españolas. Al mismo tiempo ordenaba para la *Biblioteca de Autores Españoles*⁴ la colección de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, acerbamente criticada por *El Padre Cobos*, y cuyo segundo volumen aparece en 1857 precedido de *Varias observaciones sobre algunas particularidades de la poesía española*. En ellas vindica para Cervantes el título de poeta y habla de la literatura aljamiada, con otros extremos bastante curiosos, que compensan así la falta de enlace mutuo y el desaliño de la redacción.

En la contienda relativa á la autenticidad del *Cen-*

¹ Cádiz, 1845.

² Cádiz, 1845.

³ Cádiz, 1848.

⁴ En ella incluyó también un tomo de *Curiosidades bibliográficas* (1855) y otro de *Obras escogidas de filósofos* (1875).

tón epistolario intervino D. Adolfo de Castro (1857) para oponer á Fernán Gómez de Cibdareal un nuevo autor del siglo XVII, el maestro Gil González Dávila, aunque semejante hipótesis apenas ha tenido partidarios.

No juzgo procedente aumentar el catálogo de inventos más ó menos admisibles debidos al infatigable escritor gaditano; pero he de citar siquiera el folleto en que se propone demostrar que *La epístola á Fabio no es de Rioja*, sino del capitán Andrés Fernández de Andrade (1875), y la serie de tentativas para adjudicar al dramático D. Juan Ruiz de Alarcón la paternidad del *Quijote* de Avellaneda. Sin conceder entero crédito á las aseveraciones del Sr. Castro, ni confundir las sutilezas rebuscadas con la demostración auténtica, aún tiene méritos positivos para que se le reconozca como uno de los más afortunados exploradores de nuestras antigüedades literarias, bien que su criterio estético y su adocenada manera de escribir no guarden proporción con su laboriosidad.

Al simpático periodista, redactor de *El Padre Cobos* y de *El Pensamiento Español*, D. Eduardo González Pedroso, cabe la gloria de haber inundado de luz el origen, desenvolvimiento y significación genuina de los *Autos sacramentales*, desvaneciendo las escépticas ó calumniosas imputaciones de que habían sido objeto por parte de Moratín y Sismondi. Hay que leer el admirable discurso preliminar al tomo XLVIII de la Biblioteca de Rivadeneyra, para comprender lo que valían el corazón y la pluma de Pedroso, y el vuelo de águila con que supo remontarse á las cimas de la filosofía social, y sorprender el verdadero retrato de la antigua España, donde fantaseaban los poetas y aplaudían las muchedumbres aquellas composiciones sublimes, que desdeñó el volterianismo superficial del siglo XVIII. Hacer ver que las figuras alegóricas precedieron al drama eucarístico, seguirlo paso á paso en su

infancia (desde Gil Vicente hasta Lope de Vega), en la juventud (Lope y sus contemporáneos) y en la virilidad (Calderón y los suyos); estudiar á un tiempo la historia artística del auto y la decoración escénica con que se representaba; tales son las líneas generales de este trabajo, en el que se encierran filigranas de exquisito valor, así por el fondo como por la forma.

Mencionaré de corrida á otros eruditos que también trabajaron en la *Biblioteca de Autores Españoles*. D. Cayetano Rosell ordenó las colecciones de *Poemas épicos*, *Novelistas posteriores á Cervantes*, *Historiadores de sucesos particulares*,... *obras no dramáticas de Frey Lope Félix de Vega*, y *Crónicas de los Reyes de Castilla desde D. Alfonso el Sabio hasta los Católicos D. Fernando y doña Isabel*. D. Cándido de Nocedal ilustró con superior maestría las *Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*; pero los prólogos del primero y del segundo volumen son más bien históricos que literarios. Lo mismo sucede con los estudios de D. Vicente de la Fuente sobre Santa Teresa, de D. Joaquín de Mora sobre Fray Luis de Granada, y de D. Pedro F. Monlau sobre el Padre Isla. A D. Justo Sancha debemos la antología titulada *Romancero y cancionero sagrados*, y á D. Eustaquio Fernández de Navarrete, el conocido biógrafo de Garcilaso, un excelente y largo *Bosquejo histórico sobre la novela española*. No hay que decir nada de D. Francisco Pi y Margall, ni de las estupendas semblanzas ó borrones de tinta que consagró al P. Mariana y á San Juan de la Cruz, ni de su imperdonable descuido al reimprimir las obras de Fr. Luis de León, con los defectos de las peores ediciones, sin compulsar y hasta sin conocer la del P. Fr. Antolín Merino. Así y todo, no deja de poseer el Sr. Pi alguna aptitud para la crítica de artes y la puramente literaria. D. Florencio Janer, en fin, descuella como hábil paleógrafo, y después de publicar por separado *La danza de la muerte* conforme al código del Escorial (*París*, 1856), y el

Poema de Alfonso Onceno (Madrid, 1863), coleccionó los *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*.

Ufanábase entretanto Cataluña de contar en el número de sus hijos al varón insigne, cuyo nombre repiten hoy con veneración los sabios españoles y extranjeros, al Dr. D. Manuel Milá y Fontanals, cuya modesta vida (1818-1884) sólo se empleó en el cultivo incesante y desinteresado de las letras ¹. En la flor de su juventud redactaba ya un compendio del *Arte poética* (1844), que, á pesar de sus escasas dimensiones y de estar dispuesto en la sencilla forma de diálogo, encierra gran caudal de doctrina sobre los primeros principios de la Estética, la versificación y la poesía en sus distintos géneros. En este libro despunta el sincero cariño que constantemente sintió Milá hacia el arte y las tradiciones populares, y que le indujo á formar su precioso *Romancerillo catalán* (1848), refundido y aumentado por él poco antes de su muerte.

Los *Elementos de literatura* y el manual de *Estética y Teoría literaria* ² inician en España la restauración de tan difíciles y desdeñados estudios sobre amplias y filosóficas bases, no en todo ajenas al idealismo germánico, pero en las que predomina un espíritu de selección prudente. Milá no es discípulo de Kant ni de Hegel, aunque adopte en ocasiones las teorías de entrambos modificándolas ³; y sin contentarse, como el primero, con la psicología de la belleza, trata ordenadamente de *Estética objetiva real*, *Estética subjetiva* y *Estética objetiva artística*. En algunas de sus conclusio-

¹ V. *Noticia de la vida y escritos de D. Manuel Milá y Fontanals*, por D. Joaquín Rubió y Ors... Barcelona, 1887. El señor Menéndez y Pelayo publicó un año después el tomo I de las *Obras completas* de Milá, prometiendo llenar el último con un largo estudio sobre el que fué su cariñoso maestro.

² Una y otra obra se han impreso distintas veces con modificaciones profundas en el texto y en el título.

³ Tal sucede con la fórmula «finalidad sin fin», con la división de lo sublime en matemático y dinámico, etc.

nes coincide con los escolásticos, singularmente con Santo Tomás y sus recientes comentaristas, y manifiesta gran aprecio al libro *Raggioni del bello* del P. Tapparelli, y á las conferencias del P. Félix sobre el arte.

Otra gloria, y no menos pura y brillante que la de sus trabajos didácticos, obtuvo Milá con los que llevan por título *Observaciones sobre la poesía popular* (1853), *Los trovadores en España* (1861) y *La poesía heroico-popular castellana* (1874), donde campean un juicio sólido y maduro, y una gran fuerza de intuición. Pasma en el último de ellos la acumulación de datos, aunque para la generalidad resulte su lectura difícil y poco amena, á lo cual contribuye también la obscuridad del estilo. Por lo demás, el mérito del eminente profesor de Barcelona es de los que abruman y no pueden discutirse, de los que tienen más resonancia fuera que dentro de la Península, quizá por haberse publicado varios y luminosos artículos suyos en revistas de Italia, Francia y Alemania. Los orígenes de las literaturas neolatinas, la formación de las epopeyas nacionales, los por tanto tiempo desdeñados monumentos de la poesía medioeval, constituyen el tema predilecto de Milá, y á explanarlo con amplitud en lo relativo á España dirigió su atención y sus profundos conocimientos. No por eso despreció la antigüedad clásica, griega y romana, ni fué víctima del exclusivismo absurdo que sacrifica el arte de forma en aras del espontáneo y primitivo, ó viceversa, sino que, para su bien equilibrada crítica, tan legítimo era el género de la *Iliada* y la *Odisea* como el de la *Eneida*, y éste como el del poema del Cid. Milá practicó respecto de nuestra poesía épico-popular lo que Gastón París y León Gautier respecto de la francesa, calcando la senda abierta por los sabios de Alemania desde principios del siglo XIX.

De los cantares de gesta hace dimanar los romances primitivos, ó más bien unos y otros venían á ser lo mismo en su concepto; de modo que *en el poema*